

## Ensayo

# Cultura moderna latinoamericana

Por Jorge Alberto Manrique

Quizá después del apretadísimo aunque sapientísimo resumen de Pedro Henríquez Ureña sea éste que comentamos\* el primer estudio que pretenda una visión de conjunto de la cultura latinoamericana, en el caso presente referido a lo que va del modernismo hasta nuestros días o casi.

Sin duda se trata de un libro importante, que no puede pasar desapercibido. Su seriedad académica queda fuera de toda duda. El trabajo que hay detrás de las 358 páginas que componen la traducción española es verdaderamente ciclópeo y se advierte no sólo en la copiosísima bibliografía sino en el texto, que todo él deja ver con qué facilidad se mueve la autora en ciertos temas. Nadie podrá nunca referirse a este estudio como a una aventura improvisada, porque cada página muestra aplicación y seriedad, y muchas veces un espíritu abierto y un agudo sentido de observación. Si, además, nos hacemos cargo de la dificultad de información que es normal en nuestros países podemos darnos cuenta del tamaño de la empresa que ha llevado adelante la señora Franco. Ella misma se disculpa de alguna manera en un mínimo "Prefacio a la edición española" diciéndonos que en la Inglaterra de 1965, cuando escribió el libro había "condiciones muy reducidas" para un propósito como el suyo: disculpa en buena parte innecesaria, porque el resultado es una obra en que es notable la abundancia de información.

Pero ni la actitud siempre generosa —aunque no por ello necesariamente entusiasta siempre— de la autora hacia la cultura latinoamericana, ni su erudición frecuente, ni su sentido de observación a veces agudo impiden una reflexión crítica sobre el libro. Antes bien podríamos decir que esas y otras virtudes la propician, puesto que el sentirse frente a una obra con peso y cuerpo incita a la tarea.

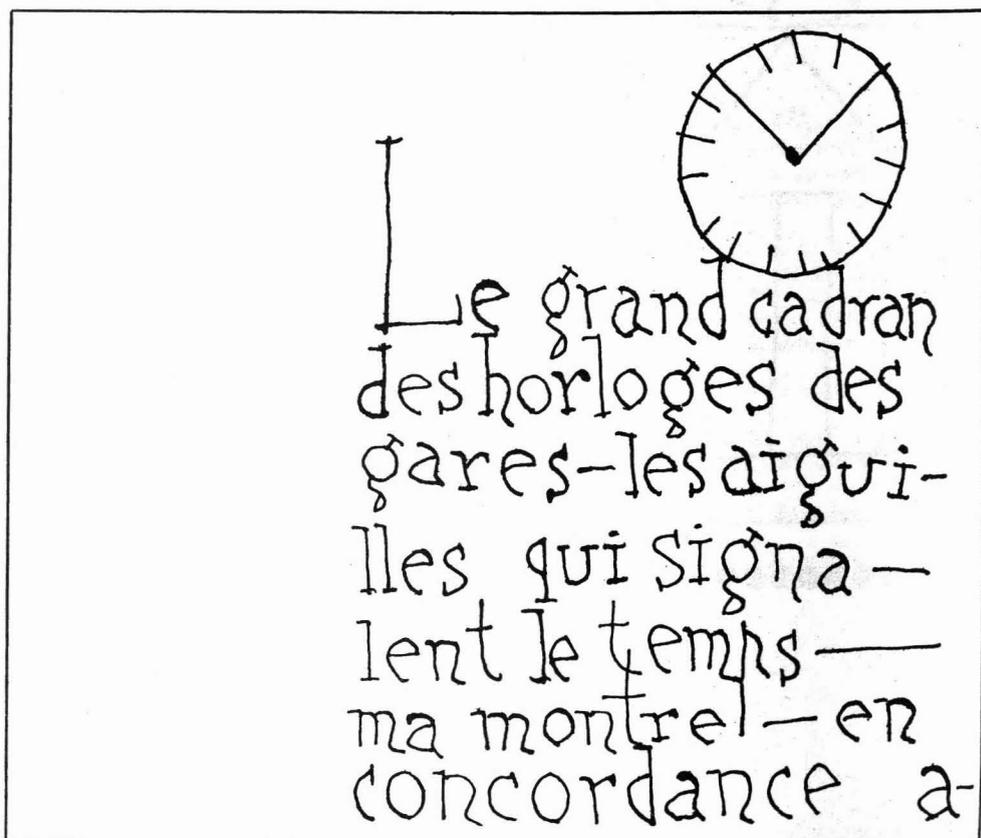
Ciertamente lo primero que a un espectador consciente se le viene a las mientes es preguntarse sobre la validez de una empresa como ésta, que pretende abarcar la cultura latinoamericana de este siglo. ¿No nos encontraremos frente a un fenómeno más de "discriminación cultural", aparte toda la buena voluntad del mundo, o quizá justo

por esa buena voluntad? ¿A quién se le ocurriría escribir un libro sobre la cultura moderna de Europa, así, en total? Si bien es cierto que ni el volumen ni la diversidad de la producción de literatura, arte, filosofía, y demás que se ha dado en la América de este lado del Bravo, pueden compararse al volumen y a la diversidad de lo dado en Europa, también parece cierto que a estas alturas la sola idea de una obra de ese tipo, como obra individual, resulta mucho muy problemática, e implica una idea simplista sobre los fenómenos latinoamericanos, puesto que se considera que, mal que bien, pueden incluirse en un número reducido de categorías o compartimentos. Quizá por eso a ningún latinoamericano se le ha ocurrido hacer algo semejante en fechas recientes.

Se dirá que lo latinoamericano se comprende en una unidad y que eso justificaría la empresa de ver el todo en su conjunto, pero esto también es discutible, como quizás lo sea igualmente la unidad cultural misma (y el ejemplo de siempre al calce: ¿cuál es la unidad entre la cultura argentina y la mexicana, v. gr.?); el libro mismo que comentamos, a pesar de la habilidad indudable que muestra la autora para insistir en la presencia de constantes en la cultura latinoamericana sin violentar irrespetuosamente las diversidades, podría ser buen ejemplo e instancia contraria a la idea que le dio origen. La América Latina, es verdad, se ha pensado a sí misma como una; con hermosa terquedad ha insistido en verse como un todo, y quizás esto, más todavía que los datos lingüísticos, históricos, sociológicos o económicos, ha hecho de ella, en efecto, una unidad. La reflexión sobre la hermandad de nuestros países y sobre la naturaleza de nuestra cultura es una indudable constante, un deseo de ser que se manifiesta no sólo desde que fuimos independientes, sino tal vez en ciertas regiones

desde el temprano siglo XVII, y desde entonces, en su diversidad de respuestas, va señalando una vía hasta las actitudes más recientes, como la de Fernández Retamar en reciente y polémico libro (*Calibán*). El ensayo que se plantea tales cuestiones es no solamente posible sino necesario y aun ineluctable: será quizás la más noble excusa de un ser americano. Pero entre eso y pretender dar cuenta de los avatares de la cultura latinoamericana durante más de medio siglo (especialmente prolífero, además), asumiendo que es un todo, hay una indudable diferencia, y tal empresa no fácilmente se justifica. El resultado inevitable de ella es el de generalizaciones no pocas veces arbitrarias, el de clasificaciones a veces abusivas, el empeño de meter "con calzador" obras y hombres en compartimentos estancos, el de olvidos y flaquezas. De todo ello, a pesar de sus muy loables esfuerzos por evitarlo y de su habilidad indiscutible —hija quizá de una conciencia del problema— es muestra el libro de Jean Franco. Culpa no de ella sino del planteamiento que sustenta a su trabajo. Y el hecho de que lo haya escrito pensando en un lector de habla inglesa, ignorante en principio de nuestras cosas y deseoso sólo de alguna información interesante, de hacerse una idea general de nuestra cultura, no llega a ser, tal vez, una excusa suficiente.

En relación con la reflexión anterior está la que no puede uno no hacerse sobre el título que ampara la obra: *La cultura moderna en América Latina (The Modern Culture of Latin America: Society and the Artist*, en el original inglés). Lo menos que puede decirse, después de haber leído el libro, es que resulta francamente abusivo, puesto que la obra se ocupa desproporcionadamente de la literatura y apenas toca otras artes, mucho menos otras áreas culturales fuera de las artísticas. No se trata solamente de que la literatura sea a los ojos



\* Jean Franco: *La cultura moderna en América Latina*, México, Joaquín Mortiz, 1971. 358 pp. (Confrontación, Los críticos). Traducción de Sergio Pitó.

de la autora la manifestación más importante de los países iberoamericanos —puesto que está en todo su derecho de pensarlo así— sino de que la desproporción es tal que más bien se trata de un estudio sobre la literatura (y aun dentro de ella especialmente de la novela y la poesía) que hace las referencias lógicas a otras artes o a otros aspectos de la cultura. Serán quince las páginas dedicadas a las artes plásticas, nada despreciables en la América Latina de este siglo, en un total de 358 páginas; a la filosofía hace apenas algunas referencias y ni siquiera le dedica un apartado, por mínimo que fuese; de música aparece una que otra línea perdida. Valgan esos tres ejemplos.

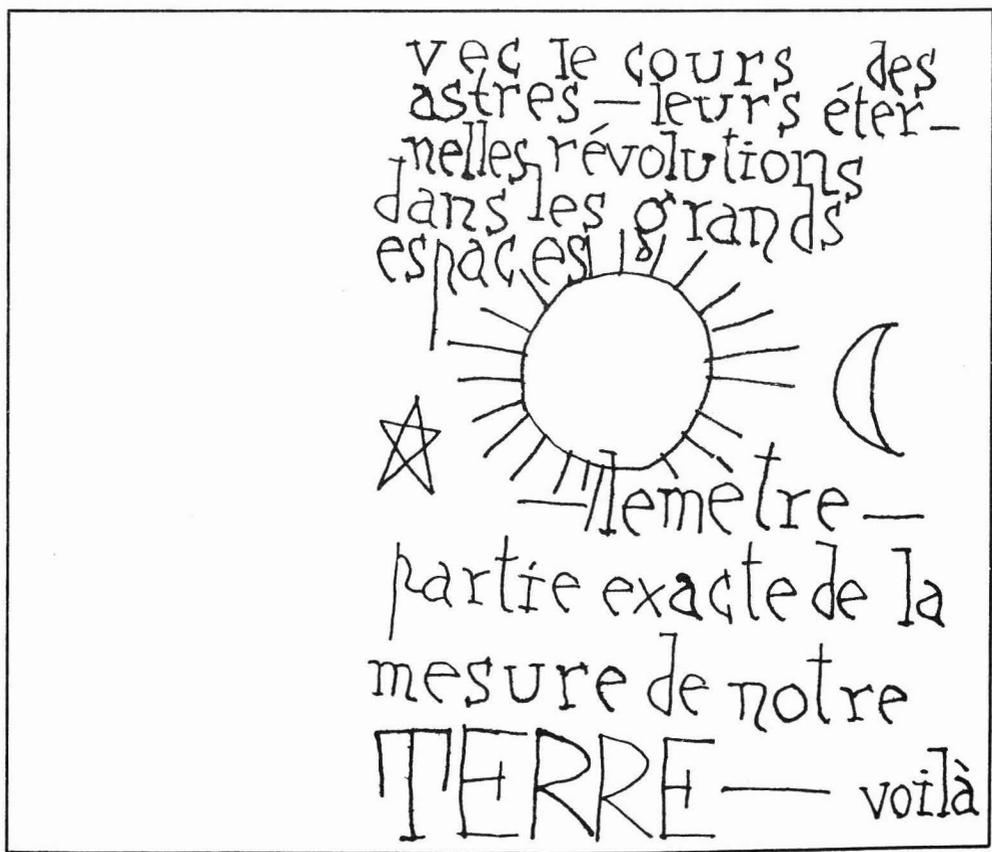
Haciendo a un lado lo desmesurado de la empresa que la autora se echó auestas, la desproporción a que aludimos depende en buena parte de la propia formación de la señora Franco, y esto puede advertirse en su libro. Sin duda la señora Franco posee amplios conocimientos en literatura: su obra da muestra abundante de su agudo sentido crítico y de un respaldo de conocimientos generales sobre la materia, que le permiten establecer de continuo relaciones interesantes y comparaciones acertadas, no sólo dentro del ámbito de la literatura de América, sino en un marco de referencia más general. Pero el mismo libro revela que no tiene una preparación adecuada en otros aspectos; de ahí que, mientras por un lado hace análisis críticos densos e inteligentes sobre obras literarias (a pesar de que la naturaleza misma de su trabajo la obliga a concretarse mucho), por otro lado se muestra incapaz de analizar un cuadro, una escultura o un edificio, y su marco de referencia, en estos y otros aspectos se nota verdaderamente reducido; todo lo cual la lleva a contentarse con citar lugares comunes, recogidos en manuales, impotente para ponderar o discriminar ese tipo de afirmaciones de manual. Otro tanto puede decirse de la música o la filosofía, y parece que no está en capacidad de decir, de Carlos Chavez o Villalobos, v. gr., sino que son músicos nacionalistas. Un simple vistazo, por otra parte, a su bibliografía hace ver su desorientación sobre temas que no sean literarios (así como hace ver su enorme erudición sobre éstos). La autora, inteligente sin lugar a dudas, fue consciente de la situación y en el citado brevísimo prólogo pretendió curarse en salud: “Este libro no es una historia de la literatura o el arte en América Latina [¿por qué “literatura o el arte”, después del rotundo título?]. Consiste más bien en ocho ensayos alrededor del tema del artista y la sociedad”, con lo que, de paso, sienta la primera piedra de la que será su tesis central, de la que me ocuparé más adelante. La cosa, en fin, adquiere tal proporción que uno se pregunta si el nombre no es culpa de los editores Pall Mall, que publicaron la obra en Londres en 1967 con ese título, recogido también por Joaquín Mortiz en la traducción de Sergio Pitol (y entre paréntesis ¿no estaría mejor “La cultura moderna de América Latina” en lugar de ese “en América Latina”?); si así fuera, Pall Mall, buscando un título taquillero le hizo un flaco servicio

a la autora. El hecho es que quien quiera buscar noticias y opiniones críticas sobre la literatura en la América Latina en lo que va de este siglo consultará el libro siempre con provecho, y quien quiera hacer lo mismo respecto a otras zonas de la cultura nuestra saldrá invariablemente defraudado. Y en lo que se refiere al entendimiento de los fenómenos en su conjunto, no está de más decir que por lo menos las artes plásticas y la literatura no van siempre tan de la mano como comúnmente se cree y como la autora misma parece suponerlo.

También puede advertirse en la formación de la autora cierta carencia del sentido histórico del desarrollo de la cultura de nuestros países. Cierto, su trabajo trata sólo con la cultura a partir del modernismo. Cierto, la autora se aprovisionó de un respaldo de nociones amplias en vías a poder enmarcar sus conocimientos literarios. Pero eso no es bastante para quitar la impresión de una preparación limitada en muchos aspectos: se siente de alguna manera que hizo lecturas concienzudas para llenar huecos, como una tarea escolar, pero sin conseguir la perspectiva que una formación más amplia a través de un tiempo más desahogado le habría dado. Sería difícil señalar los ejemplos que muestren esa que podríamos llamar “carencia de sensibilización”, pero de alguna manera ésta se deja sentir. La autora tiene tendencia a considerar que la cultura latinoamericana se inicia a partir de la independencia, y esto no es ciertamente así en muchos países. Y también se deja llevar a afirmaciones (graves, porque plantean premisas) que son mucho muy problemáticas, como decir que “En la América española más aún que en el Brasil, las masas rurales que constituían la mayor parte de la población permanecieron marginadas de las principales corrientes culturales de la vida colonial” (p. 12). La masa rural del siglo XVI mexicano, cons-

tructora ella misma de tantos soberbios conventos, o la masa rural autora de mil y una iglesias barrocas y asistente a ellas, o la masa rural presente en la interpretación o intérprete ella misma de la música de las ceremonias religiosas ¿permaneció ajena a las “corrientes culturales”? ¿Por corrientes culturales se entiende corrientes literarias exclusivamente?, y aun así ¿puede hacerse tal afirmación tan lisamente? Las masas rurales de la Europa coetánea ¿participaban en las “principales corrientes culturales”? En la misma página citada no puede uno no saltar al leer que “El hecho de que las leyes coloniales españolas exigieran que todos los gobernantes de cierta importancia debían ser españoles por nacimiento contribuyó indudablemente a crear un sentimiento de admiración excesivo hacia todo lo que proviniera de Europa”, endeble al citar unas “leyes”, sin tiempo ni lugar, y de la manera más vaga posible, leyes que la autora indudablemente no conoce, y lamentable en cuanto a la comprensión del “modelo europeo” y su funcionamiento en América. Las afirmaciones que aquí cito corresponden a un primer capítulo introductorio, pero no puede minimizarse su importancia porque, como digo, plantean las premisas del trabajo. Otras hay, desde luego, a lo largo del libro, de calibre parecido, como el asentar que la “expresión más total” de un tipo de nacionalismo cultural (la intronización del arte popular menor que criticaba Orozco) esté en la Ciudad Universitaria de México. (p. 88). Y el lector disculpará —y agradecerá, espero— que no lo abrumo con más ejemplos de lo que considero una falta de perspectiva o una carencia de “sensibilización” para ciertos aspectos históricos de la cultura americana.

Desde la primera línea del prólogo la autora afirma que su libro está formado por “ocho ensayos alrededor del tema del artista y la sociedad”, con lo que da pie a



la tesis central, expuesta en la introducción y reflejada en la distribución de su material en capítulos y apartados: "... toda valoración de los movimientos latinoamericanos debe referirse también a las preocupaciones sociales y políticas de las que surgieron". (p. 9).

La tesis, aunque no especialmente novedosa, es sin duda interesante. Pero no por ello menos discutible. Es lástima que la autora no se haya preocupado por explicarla más, por darle un fundamento teórico más sólido que el que aparece en la pequeña introducción. Para mí tengo que no se planteó tal tesis como un problema, sino que la dio por hecha y a partir de ella organizó su material: *ergo*, no se vio en la necesidad de sustentarla mayormente. Como quiera que sea, así como está expresada hace surgir desde luego muchos problemas. Que al considerar cualquier producto cultural sea necesario "también" atender a su sustento social (aunque no precisamente para "valorarlo", puesto que de tal atención surge un mayor entendimiento, pero no puede surgir un juicio de valor) parece algo sobre lo que no habría desacuerdo; que la opción de hacer una sociología de la cultura, referida a cualquier tiempo o lugar sea una opción válida, tampoco parece controvertible. Pero que especialmente en la América Latina se imponga la obligación de ver y —más grave— valorar los movimientos y las obras con referencia a las preocupaciones sociales y políticas, especialmente en ella con fuerza mayor que en otras partes es ya algo no tan fácilmente aceptable. Otra vez aparece la cola del diablo: a lo latinoamericano, para juzgarlo, hay que considerar caritativamente que... etcétera.

La tesis, como está expresada, y también como se desarrolla a lo largo del texto, implica que los movimientos culturales y las obras que los constituyen *surgieron* de aquellas preocupaciones sociales y políticas. Y eso no puede aceptarse así como así. Se concede, sin dificultad, que entre la producción artística, literaria o filosófica y la circunstancia histórica en que ésta se da hay una relación, tan estrecha como se quiera, y que las "preocupaciones sociales y políticas" tengan que ver con eso, pero siempre que no se establezca la relación causa-efecto que está implícita en el verbo *surgir*. No nos pongamos demasiado puntilleros para ir al verdadero fondo de la cuestión, basta preguntarse más superficialmente ¿siempre los movimientos culturales surgen de tales preocupaciones? Borges, los ultraístas argentinos, los "contemporáneos" mexicanos, Torres García, Niemeyer ¿surgen de preocupaciones políticas y sociales? Y conste que no estoy citando sino fenómenos de primera magnitud de la cultura latinoamericana. Ni siquiera los casos más obvios aparentemente pueden aceptarse sin ambages con la obviedad que suele hacerse; para mí tengo —y lo he expresado en otros lugares— que no es tan claro que la "escuela mexicana" de pintura pueda explicarse sólo como producto de preocupaciones sociales o políticas. Ciertamente, yo he dicho más arriba que la inquisición sobre la propia identidad parece una constante americana, pero de ninguna manera creo que esa pregun-

ta ontológica y existencial pueda clasificarse como "preocupación social y política".

Dejemos a un lado la discusión sobre el planteamiento y justificación de la obra que comentamos, por más que esto, como es evidente, comprometa la totalidad de ella, y vengamos a su desarrollo, es decir, a lo que pudiera llamarse el cuerpo del libro. Jean Franco intentó —y con éxito— que su trabajo no fuera un fichero de nombres y fechas más o menos útil para la consulta, y trató de que resultara algo legible y con mayor contenido. Ante la magnitud de la empresa y la inmensidad del material que tenía entre manos tomó el partido de no relatar paso por paso una historia de la cultura como repertorio cronológico, sino de concentrarse en ocho temas centrales alrededor de los cuales organizó su material. Difícilmente podía haber encontrado una solución mejor, tanto que podemos decir que, además del inmenso acopio de conocimientos literarios que manifiesta, el libro vale principalmente por ella. Esto es, en efecto, lo que da interés y amenidad a la obra, lo que la convierte en algo coherente y organizado; la división en ocho ensayos diferentes, cada uno de ellos válido en sí mismo, ha permitido a la autora la exposición satisfactoria de sus ideas personales, que no pocas veces muestran agudeza y sentido crítico, sensibilidad y capacidad de comprender los fenómenos con una cierta amplitud. En suma, de este partido resulta que tengamos entre las manos un libro personal y consistente.

No renuncia sin embargo Jean Franco a la idea de proporcionar información, que desde luego fue otra de las finalidades de su obra; y así, teniendo en cuenta sobre todo que el lector supuesto no conocería prácticamente nada de las obras a que se refiere, va procediendo por una especie de pequeños resúmenes o explicaciones didácticas de las producciones literarias que la ocupan, antes de proceder al análisis que justifica el desarrollo de cada uno de sus ensayos. De tal modo, el lector "ignorante" va siendo proveído de una base que da pie para la reflexión crítica posterior, que tal vez así cobre para él sentido. Y de paso la autora deja ver la inmensa cantidad de obras que se echó entre pecho y espalda para conseguir su objeto. Ha logrado, pues, de esta manera, conseguir un equilibrio entre dos actividades tan poco compaginables como son la didáctica y la crítica.

Pero todo partido tiene su pro y su contra y de algún modo es un arma de dos filos. La obligación que se impuso la señora Franco de proporcionar la base informativa hace que no pocas veces sus ideas queden desleídas y pierdan fuerza al quedar envueltas entre mil y un esbozos de las obras que reseña. Tantos y tantos resumencitos de novelas o de cuentos o relatos, por su misma cantidad llegan a desdibujarse y hacerse nebulosos, e incluso a veces la lectura linda en lo fastidioso por insípido. Uno se pregunta hasta qué punto hubiera sido mejor, en la mayoría de los casos, dar por supuesto que el lector está más o menos al corriente, y adelantar los comentarios o las conclusiones sin perderse en tal laberinto (aunque, claro, de haberlo hecho así se

trataría de otro libro, que quizá no habría cumplido con el objeto que la autora se propuso). Como, por otra parte, muy frecuentemente una misma obra puede ejemplificar más de una fase o de un aspecto de la cultura latinoamericana, y como, además, la autora sabe que a cien o ciento cincuenta páginas de distancia el lector habrá olvidado el resumen de la obra, vuelve a endilgárnoslo, de donde resultan repeticiones a menudo fatigosas. Item más: las obras comentadas ocupan el lugar y el espacio que les corresponde según el tema de cada uno de los ensayos, y no según lo que podríamos llamar su importancia intrínseca (defecto que obviamente depende de las premisas que he comentado antes), y de ahí que no se destaca, sino tal vez por algún adjetivo, el peso real de las creaciones culturales; las obras tratadas en el capítulo que trata del "Nacionalismo cultural", v. gr., ocupan ahí el espacio que les corresponde en tanto que pueden ejemplificar esa postura, y no en relación a su propia importancia como creaciones artísticas, que desde luego no depende —o siquiera no sólo depende— de aquella característica. El resultado es que, o mucho me equivoco, o el lector del libro de Jean Franco que no tenga un conocimiento previo del asunto, si fuere preguntado por cuáles son las diez o las quince mayores obras literarias latinoamericanas de este siglo espataría un erradero desproporcionado.

En fin, los ocho ensayos que constituyen el libro de la señora Franco no responden siempre, creo, a los personales intereses de la autora, sino que en parte fueron obligados por el proyecto ambicioso de abarcar *toda* la cultura latinoamericana. Y esto hace que mientras en unos de ellos, con todas las reservas que pueda uno mantener, se reconoce cierta garra, una actitud entusiasta y decidida al tratar el tema, en otros en cambio se nota nuestra autora insípida y flojosa (y como ejemplo puede citarse el último de ellos: "El escritor y la situación nacional"): obligada a no dejar un hueco notable, puesto que sus ensayos debían cubrir la totalidad, parece haber discurrecido muy a fuerza una que otra idea, insuficiente para dar cuerpo y coherencia al ensayo. ¿No habría sido mejor que se dejara llevar más de sus entusiasmos, simpatías y diferencias, aunque dejara tal o cual laguna? El libro, así, podría haber ganado en personalidad, como también podría haber ganado si la escritora, rompiendo una contención demasiado impuesta y olvidando un poco su amorosa buena voluntad hacia sus amigos latinoamericanos, hubiera dejado a veces su prurito de ecuanimidad, ponderación y respeto y se hubiera lanzado más a fondo y menos tímidamente en sus juicios. Estaba en posibilidad de hacerlo; se habría prestado a críticas violentas, sin duda, pero habría conseguido una obra con más recio claroscuro, más personal: más valiosa.

En suma: un libro serio, útil, interesante, inteligente; pero cuyo planteamiento de base es muy objetable; cuyo desarrollo, hábil en general, a veces lo hace decaer notablemente; que promete por su título mucho más de lo que da y que pudo ser más de lo que es.